

---

## Presentación en COMEXI del informe FAES sobre América Latina México DF, 21 de septiembre de 2012

**Una correcta política de fortalecimiento institucional empieza por entender que quienes atacan el Estado o cuestionan la propia existencia de la Nación no sólo niegan una tradición, una herencia y una memoria compartidas. También atacan nuestro futuro, nuestro progreso y nuestra libertad. Atacan el derecho de todos y cada uno de nosotros como ciudadanos a decidir en común sobre nuestras reglas de convivencia.**

Quiero empezar estas palabras dando las gracias muy sinceras al Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales -y de forma especial a su presidente, Don Enrique Berruga- por la organización de este acto de presentación de la Agenda de la Libertad 2012.

COMEXI es una institución de reconocido y muy merecido prestigio, que ha contribuido de manera importante a que México sea lo que hoy es: un país fuerte, abierto, influyente y próspero. Lo ha hecho como intentamos hacerlo en la Fundación FAES: mediante el intercambio de ideas entre personas e instituciones de todo el mundo y la generación de propuestas concretas. Así es como hemos elaborado el documento que hoy tengo la satisfacción de presentar.

“América Latina, una Agenda de la Libertad” es la expresión de un proyecto político que dio sus primeros pasos a finales del año 2006. Entonces, la Fundación que presido tomó dos decisiones importantes. Primero, potenciar su dimensión iberoamericana. Y segundo, elaborar un informe estratégico sobre el futuro de América Latina en colaboración con expertos de la región.

El resultado fue un texto trasatlántico en su enfoque, contenido y autores. Su repercusión superó nuestras mejores expectativas. La Agenda de la Libertad 2007 se presentó en 18 países. Alimentó el debate en foros académicos y políticos. Sirvió de fuente de consulta para investigadores y especialistas. Inspiró programas electorales y políticas de Gobierno. Y se convirtió en una referencia para todos los que deseamos una América Latina democrática, estable, próspera y plenamente comprometida con los valores occidentales.

Cinco años después, publicamos esta nueva edición. Una nueva edición que en realidad es un informe completamente nuevo, que analiza los profundos cambios experimentados en la región desde 2007 y hace nuevas propuestas a la luz de las nuevas circunstancias. Si en la elaboración de la Agenda de 2007 participaron unas 100 personas, en la de 2012 han colaborado más de 1.400. Creo que este dato es un buen testimonio del arraigo de la Agenda y de la vitalidad y el compromiso de la Fundación FAES con esta orilla del Atlántico.

Este compromiso está viéndose ampliamente recompensado. Hemos presentado la nueva Agenda en España, Colombia, Argentina, Brasil, Estados Unidos y Guatemala; el próximo lunes lo haremos también en Perú y a principios del año que viene, en Chile.

Me complace de manera especial poder presentar esta Agenda de la Libertad 2012 en México. No revelo nada si digo que siento un gran afecto y una gran admiración por este país.

México es una gran Nación. Una Nación con la que España tienen un vínculo muy profundo. México fue español y España fue mexicana.

Hemos vivido juntos y juntos hemos protagonizado dos de los grandes hitos de la humanidad. El primero fue el encuentro, inesperado, extraordinario y de trascendentales consecuencias, entre lo que un ilustre español y mexicano de adopción, Juan de Palafox, llamó “dos Mundos antes divididos y ahora insolubles”. El segundo, tres siglos después, fue la gran Revolución liberal atlántica. Es decir, el advenimiento de la modernidad política.

Esta nueva Agenda es de alguna manera un homenaje a aquella revolución. La fecha escogida para su publicación no es fortuita. Hace ahora exactamente 200 años, en 1812, españoles de Europa y de América protagonizaron una de las páginas más brillantes de su historia en común al promulgar, bajo el asedio napoleónico, un texto que se convertiría en referencia de civilización y libertad: la Constitución de Cádiz.

La Constitución de Cádiz, forjada por españoles “de ambos hemisferios” para “ambos hemisferios”, puso fin al Antiguo Régimen, consagró la nación de ciudadanos libres e iguales, y contribuyó a la difusión de las ideas y valores sobre los que se fundaron las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Podemos decir que españoles y latinoamericanos alcanzamos la modernidad política al mismo tiempo, casi de la mano. Las ideas que defendían los patriotas americanos de la libertad son las mismas que inspiran la moderna Nación española.

Creo que esto es muy relevante. Significa que a mexicanos y españoles nos une mucho más que nuestro pasado, o los grandes retos que debemos afrontar, o nuestros intereses comunes, que sin duda son muchos. También nos une algo fundamental: nuestros valores; nuestros valores políticos.

Una de las premisas básicas de esta Agenda de la Libertad es que América Latina es parte sustancial de Occidente. Lo es por su historia. Lo es por sus aportaciones al pensamiento y la cultura. Y lo es también por su papel clave en la defensa de los grandes valores que hacen a los países avanzar y prosperar.

Estoy convencido de que América Latina es determinante para el futuro de Occidente. Un Occidente fuerte no es concebible sin una América Latina fuerte en los valores que nos distinguen: la libertad, la democracia, el Estado de Derecho, la división de poderes, el pluralismo político, la economía de mercado y la sociedad abierta.

En nuestra Agenda de 2007 decíamos que América Latina se hallaba en una encrucijada histórica. La región podía seguir el camino de la libertad, la democracia y la prosperidad. O, por el contrario, podía optar por el populismo, el autoritarismo, la parálisis económica y la irrelevancia internacional.

Pues bien, cinco años después podemos afirmar con satisfacción compartida que América Latina ha escogido y ha escogido bien. Los cambios son espectaculares. Si en 2007 veíamos más sombras que luces en América Latina, hoy las luces predominan con nitidez sobre las sombras.

La región se ha decantado mayoritariamente por la democracia representativa y la economía de mercado. El pluralismo político y la alternancia democrática han avanzado. El respeto a las libertades individuales ha crecido. Y el Estado de Derecho se ha visto, en términos generales, fortalecido.

En lo económico, la continuidad en la aplicación de políticas sensatas ha dado muy buenos frutos en términos de crecimiento económico, inversión, creación de empleo y lucha contra la pobreza. Hoy América Latina tiene una clase media en expansión y puede estar orgullosa de haber superado la crisis financiera internacional antes, y en mejores condiciones, que el resto del mundo.

Nada de esto ha ocurrido porque sí. La buena situación que atraviesa América Latina viene a demostrar algo en lo que siempre he creído firmemente: que ningún país o región del mundo está condenada al fracaso o tiene garantizado el éxito; que los resultados dependen de las políticas: las malas políticas dan malos resultados y las buenas políticas dan buenos resultados.

Una parte mayoritaria de los dirigentes latinoamericanos ha entendido que el camino del progreso no lo marcan ni el populismo ni el proteccionismo, sino las reformas estructurales y la apertura. Ha comprendido que para luchar contra la pobreza no hay fórmula más eficaz que suprimir las barreras al emprendimiento y al comercio, dar entrada al capital privado, promover la competencia, y controlar el déficit y la inflación.

América Latina tiene hoy una oportunidad extraordinaria, probablemente la mejor que ha tenido nunca, para consolidar un futuro de prosperidad y tener un papel protagonista en un mundo cada vez más abierto y competitivo. Eso lo saben bien muchas grandes empresas españolas que, con visión y confianza, llevan años invirtiendo y generando oportunidades para millones de personas en América Latina.

La batalla por la libertad y la prosperidad de América Latina se está ganando, pero todavía no está ganada. Como no lo está en ninguna parte del mundo.

También en esto la libertad y la prosperidad son hermanas, van de la mano. Las dos son lo que yo llamo horizontes, por distinguirlas de los objetivos. Los objetivos se alcanzan y punto. Los horizontes nunca se conquistan del todo.

Para ser realmente libres y realmente prósperos no basta con gozar de la libertad o de la prosperidad un día, un año o un lustro; ni siquiera una década. Hay que perseverar todos los días en la misma dirección, sin vacilaciones, ni pausas, ni distracciones. Con austeridad, flexibilidad, reformas y una mayor apertura en lo económico. Y con compromiso democrático, instituciones sólidas y liderazgos decididos en lo político.

Esta es una de las principales lecciones que la crisis que atraviesa Europa en estos momentos puede ofrecer a cualquier país o región del mundo. El camino de la libertad y el camino de la prosperidad requieren un compromiso firme, convicciones duraderas, mucho coraje y una gran capacidad de desafío. Porque los enemigos de la libertad son poderosos y porque los desafíos en el camino de la prosperidad son muy grandes.

De todos estos desafíos hay uno sobre el que me gustaría hacer hoy un comentario. Me refiero a la debilidad del Estado como expresión política de la Nación o a los intentos por

debilitarlo. Es decir, a los ataques a su autoridad y capacidad para ejercer sus competencias en todo su territorio.

México y España son dos grandes naciones. No son la expresión de algo estático, petrificado en imágenes del pasado. No son algo que proyecta su dominio sobre nosotros desde un tiempo lejano. La Nación mexicana y la Nación española somos cada uno de nosotros, haciéndonos cargo de la herencia que hemos recibido y pensando en el legado que debemos transmitir. Empezando, por la mismísima libertad de la que disfrutamos.

Un Estado puede organizarse de distintas formas. Puede ser un Estado unitario o federal; centralizado o descentralizado. Pero lo que no puede ser es un Estado residual ni mucho menos un Estado frágil, confuso y ausente. Tiene que ser identificable, como expresión política de la Nación y como garantía del ejercicio de sus funciones básicas. Es decir, de la protección de los derechos y las libertades de los ciudadanos; de la seguridad; del establecimiento de las condiciones para el desarrollo económico; de la cohesión social.

Por tanto, una correcta política de fortalecimiento institucional empieza por entender que quienes atacan el Estado o cuestionan la propia existencia de la Nación no sólo niegan una tradición, una herencia y una memoria compartidas. También atacan nuestro futuro, nuestro progreso y nuestra libertad. Atacan el derecho de todos y cada uno de nosotros como ciudadanos a decidir en común sobre nuestras reglas de convivencia.

Esta reflexión es válida para cualquier país del mundo y creo que sirve para hacer frente a uno de los grandes desafíos que afronta América Latina en estos momentos: la violencia y al crimen organizado.

Y aprovecho aquí para reconocer públicamente, con admiración y también con gratitud porque esto nos afecta a todos, el enorme esfuerzo realizado por la democracia mexicana para combatir el crimen organizado y el narcotráfico. Es un esfuerzo impagable que, liderado por los gobiernos legítimamente elegidos por los mexicanos, merece todo nuestro apoyo y solidaridad.

Creo que para luchar contra la criminalidad, en cualquier de sus manifestaciones, lo más importante es la determinación. No hay mejor amigo de los criminales o de los terroristas que la resignación. El desistimiento es el camino más directo hacia el fracaso. Es lo que buscan los criminales y es lo que jamás hay que darles.

Frente a la criminalidad, como frente al terrorismo, no hay recetas mágicas ni soluciones fáciles: hay que perseverar, con valentía y decisión, en un camino recto. Ese camino es el camino del fortalecimiento de las instituciones democráticas y la aplicación, sin requiebros ni vacilaciones, de todos los instrumentos del Estado de Derecho. Sólo con la Ley, pero con toda la Ley se puede acabar con la violencia.

Las razones para perseverar, para no desistir jamás, son poderosas: la seguridad es una condición imprescindible para la libertad y, por tanto, también para la prosperidad. Sin seguridad, la democracia es un cascarón vacío y la prosperidad es efímera, el sueño de una noche de verano. La inseguridad genera miedo y el miedo ahuyenta la confianza, que es lo que distingue a las sociedades que progresan de las que no lo hacen. Sin seguridad, no hay desarrollo social, ni progreso económico, ni un futuro de prosperidad.

Por eso debemos combatir la criminalidad. Y para eso no bastan sólo las buenas intenciones. Hace falta un gran programa de acción, que parta de la voluntad inequívoca de combatir la criminalidad y que aborde todos sus aspectos con sensibilidad y firmeza.

Hace falta un Estado de Derecho. Es decir, hace falta un Estado capaz de cumplir con su función esencial de garantizar los derechos y las libertades de los ciudadanos. Un Estado que tenga la legitimidad y los medios. Eso implica leyes buenas, que se cumplan; instituciones sólidas, que merezcan la confianza ciudadana; jueces independientes, que apliquen la ley sin sesgos ni cálculos de oportunidad; y policías profesionales, que sepan cual es su obligación y la cumplan. Y hace falta también algo muy importante: una sociedad exigente. Es decir, una sociedad con educación y oportunidades. Una sociedad abierta. Una sociedad con libertad.

La violencia, en todas sus variantes, sólo puede abordarse de manera eficaz cuando se afirma la preeminencia de la fuerza legítima del Estado; es decir, el imperio de la ley. Sólo así se garantizan los derechos de los ciudadanos; sólo así se defienden la dignidad y memoria de las víctimas; sólo así se asegura el triunfo del Estado democrático y de Derecho sobre los violentos. Otras fórmulas son simplemente instrumentales y, cuando menos, inciertas.

Como español y como presidente del Gobierno de mi país durante ocho años, sé bien de lo que hablo: la paz y la seguridad, es decir el ejercicio pacífico de los derechos y libertades, depende del vigor del Estado y de la Ley.

Estoy convencido de que el fortalecimiento de las instituciones democráticas y el Estado de Derecho debe ser una de las grandes prioridades de América Latina. Un objetivo en el que podemos y debemos trabajar juntos, compartiendo experiencias e intercambiando ideas y propuestas.

Se ha dicho que el mal triunfa cuando los hombres buenos no hacen nada. Estoy de acuerdo, pero añado: el mal —el populismo, el retroceso, la violencia— también triunfa cuando los hombres buenos están divididos. La colaboración de todas aquellas personas que defendemos los valores comunes de la democracia, el Estado de Derecho, el pluralismo político, la libertad económica y la sociedad abierta es imprescindible para hacer frente a los grandes retos de nuestro tiempo.

Esa colaboración debe ser económica y política. La apertura comercial es cada vez más necesaria. Debemos seguir derribando las barreras que obstaculizan el intercambio entre empresas y ciudadanos, y retrasan la prosperidad.

La integración regional ha dejado de ser sólo una posibilidad para convertirse también en una necesidad perentoria. Hay que forjar un proyecto político sólido para el conjunto de América Latina, exento de personalismos y cimentado en la suma de los mejores atributos cívicos y políticos: la generosidad, la amplitud de miras, el sentido de Estado y la voluntad decidida de labrar un futuro mejor para las próximas generaciones.

En ambos retos, México tiene un papel fundamental que jugar. Para comprobarlo, basta con mirar algunos de sus datos: 110 millones de habitantes, de los cuales la mitad son de clase media; 735.000 millones de dólares en intercambios comerciales dentro del NAFTA; 20 billones de dólares al año en inversión extranjera. Junto con Brasil, México representa dos tercios del PIB de América Latina.

La fortaleza económica de México, la pujanza de sus empresas, el talento de su gente y su ventaja geoestratégica le convierten en un líder natural y un aliado imprescindible.

Así he visto y tratado siempre a México: cuando tuve el honor de presidir el Gobierno de España y ahora, cuando ya sólo me expreso como un ciudadano español que defiende la libertad, y se dice y desea occidental. Yo sé que México es el arbotante de la Comunidad Iberoamericana de naciones. Sé que cuando México y España han ido de la mano, han llegado más rápido y más lejos. Y sé también que México tiene una contribución decisiva que hacer al futuro de Occidente. Esto me lleva a la reflexión con la que quisiera terminar.

La proyección de México hacia el Pacífico debe ser compatible con su compromiso Atlántico. Occidente es cuna de los grandes valores que han hecho a las sociedades avanzar. Esos valores no son sustituibles ni pueden sacrificarse en aras del pragmatismo económico. Al contrario, son los valores que ahora, en estos momentos de crisis para unos y de encrucijada para otros, debemos reforzar.

Es cierto que la crisis financiera y económica global ha afectado de manera diferente a Europa, los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas. Y también que las respuestas de unos y otros han sido distintas. Pero no tengo la menor duda de que la única solución posible vendrá de la mano de una intensa cooperación entre esos tres vértices que conforman el triángulo atlántico. Y en esa cooperación, España y México tenemos un protagonismo y una responsabilidad especial que asumir.

Este es el principal mensaje de esta Agenda de la Libertad. Trabajemos juntos desde la doble certeza de lo mucho que nos une y nos jugamos. Aprovechemos las oportunidades que ofrece la globalización con políticas reformistas y liberalizadoras, y una mayor apertura comercial. Trabajemos para el fortalecimiento del Estado de Derecho y las instituciones democráticas, y en defensa de la seguridad y la aplicación de la ley. Colaboremos para abordar los grandes desafíos de este siglo: el narcotráfico, el terrorismo, la conservación del medio ambiente, la lucha contra la pobreza y la inmigración ilegal.

En definitiva, avancemos juntos en la construcción de sociedades abiertas a ambos lados del Atlántico y hagamos que Occidente sea, más que nunca, sinónimo de libertad, seguridad y prosperidad. Es un desafío enorme; pero podemos y, sobre todo, debemos abordarlo.